

su canto geológico, por sus aristas mordidas por el rayo? ¿No la acompañará el río hermano, cómo a nosotros nos acompaña el torrente de sus cantos? ¿No volarán cóndores sobre la piedra violenta? ¿No la envolverán las dulces nieblas de la mañana y el oro espiritual de los crepúsculos? ¿No será creada por el sol de los mediodías y por todos los vientos de las estaciones? ¿No vendrán en invierno las nubes a llorar sobre las arrugas del peñasco, como si se abrieran en amor, húmedas de ternura como las entrañas de Gabriela? ¿No la asistirá la noche, no besará con estrellas su frente, su pecho, sus rodillas piadosas, sus pies andariegos?

Ahí, en esa roca, sobre la falda de los Andes, junto a los órganos sinfónicos

del Maipo, ahí debe ser esculpida, peña del ejemplo, sin arrancar el bloque, enraizado éste en el monte mismo y formando así parte de él; ahí la cabeza de música, el corazón de amor, el cuerpo de mujer absoluta, de hija, de madre, de hermana, de amiga, de maestra, de poeta. ¡Hacedlo, hermanos de Chile! ¡Hacedlo ahí mismo, en el plasma rudo y apasionado de la naturaleza! Desde el aula máxima de la Universidad de Montevideo, yo levanto este ruego por mí y por todos los uruguayos. Hacedla allí en la piedra de la patria, en la roca de América. Yo mismo y todos y todos los que la queremos en sencillez de amor podremos ir a contemplarla erguida en la eternidad, viva en piedra como en fervor de hombres; ir para rogarle al mis-

terio la más pura paz para aquella mujer que fue un paradigma de las mujeres de América.

Parecería que hay algo que escucha siempre el llamado de los vivos por los muertos. Seamos o no escuchados, yo que jamás he podido evadirme de mi esfinge, confieso que hay una sublime dignidad en esa oblación. Es un modo de restituir a los que fueron, un modo misterioso, secretísimo, de arrancar a lo desconocido una parte de nuestro amor. ¡Señores, que alguna vez pueda ir hasta esa roca de Chile, y sentir, como en sueños, que Gabriela vive sobre la muerte como vive en este instante en los metales de mi memoria!

Montevideo, 14 de febrero de 1957.

Paz, Gabriela Mistral

Por Arturo CAPDEVILA

(En *La Prensa* de Bs-Aires.)

"En los últimos tiempos Gabriela tenía alucinaciones... Veía fantasmas... He dejado a Gabriela dormida, ya seguramente para siempre... En la noche (de Reyes) ha comenzado a nevar. Y ahora sigue nevando. Hace algunos días se sentó un viejo al borde de su cama y hablaron varias horas como dos poetas cristianos. El era Jacques Maritain".

Germán Arciniegas: "Una luz que se apaga".
"La Prensa" del 16 de enero de 1957).

¡Dios grande! ¿Y sucedía de esa suerte con tu alma iluminada, con tu alma grande y buena, limpia y pura, con tu alma azul como mañana clara? ¿Y venían fantasmas a buscarte, fantasmas que rondaban siete días, y más tal vez, en torno de tu barrio, tu calle y tu morada? Mas tu frustrado amante ¿él no venía desde el misterio de sus lontananzas: el muerto tuyo que te hundió en la noche con tus desolaciones, Gabriela, desolada?... Ese era el rey, sin duda, ése el caudillo de tus apariciones visionarias. Dulce fidelidad para el ausente por tierra, cielo y mar te acompañaba, y llorándole mucho, le citaste para soñar sobre una misma almohada.

Después los años y tus altos triunfos. Y, de pronto, las noches señaladas.

Pisaba nieve como un oso enero por Nueva York, la urbe sobrehumana. Y acaso tú, Gabriela, sabiendo que nevaba, en tus Andes pensaste, siempre blancos de nieve, y en rincones de tu patria, mientras decían todos:

Enero es como un oso en la nevada. Y este oso se paró frente a las puertas de tu hospital para suprema danza, entre el son del pandero de la muerte y los capullos de la nieve santa.

Entonces Maritain llegó a tu lecho como un obispo de marchita estampa, como maestro del divino idioma que más allá de la frontera se habla. Cuando le viste entrar ¿qué le dijiste?

Acaso, acaso nada; pero alcanzaste a ver que te traía montón de florecillas franciscanas. Después quedó contigo, al lado tuyo, quizás tu mano entre sus manos dada. Hablaba, hablaba, y tú gozar podías, porque en su verbo se transparentaba su católica fe, jardín de lirios, en la profundidad de su alma sabia. ¡Todo para tus últimas, para tus últimas ventanas!

Y nada más. Un nombre, gloria del continente y de la raza. Un nombre que no muere. Una luz. En la luz, eterna, una alma. Y otra vez el amante silencioso que te llevó la muerte una mañana: el mismo de la cita para soñar sobre una misma almohada.

¿Y nada más? América en tu loor sus cánticos levanta, Gabriela sola del hermoso viaje para grandes mensajes de esperanza; mensajes dichos contra el viento, a veces, de la historia del mundo hecha borrasca.

Chile te dió la luz de sus caminos, pero también, con sombra milenaria, extrañas cosas de la cordillera por sus dioses de ayer aconsejada. Por eso tú tenías, nadie sabe qué soledad de maga, qué silencio de gran sacerdotisa, qué inexorable fe de ensimismada y sepultos recuerdos parecidos a los que sólo las cavernas guardan.

Y subiste, subiste por los Andes sencilla y temeraria, brindando a niño y piedra, a viento y cóndor madre siempre, la miel de tu enseñanza, hasta que fue tu vida toda como una blanca escuela en la montaña.

En honra a Gabriela, de amores capitana, todos alzamos tu bandera, Chile, con su valiente estrella solitaria.